

El diablo entre nosotros

Lobsang Castañeda

DICE PASCAL QUIGNARD CON SOBRADA RAZÓN: el que lee asume el riesgo de perder el poco control que ejerce sobre sí mismo, en la lectura uno se deja dominar por el otro, por el escritor, por la escritura, por el texto, hasta el límite de la pérdida de identidad. En efecto, cuando leo no soy yo, no me encuentro en mí, dejo de estar conmigo. Este escalofriante acontecimiento es el que, a final de cuentas, detona el famoso “mal del libro”, puesto que todas sus implicaciones morales, sociales y culturales pueden juzgarse como el resultado de una violencia primigenia, de una invasión deseada y buscada por el propio lector para dejar de gobernarse. Aunque, ciertamente, todavía esté por escribirse una teoría trágica de la lectura, es probable que pueda arrancar con la idea de que, en esencia, todo el que lee quiere matarse o, para decirlo con palabras menos draconianas, convertirse en alguien distinto.

Entonces, los libros albergan letras de molde, pero también son moldes, modelos que pueden alterar y, en ese sentido, aniquilar la personalidad (siempre enclenque) del lector. Y también son recipientes que guardan trofeos de guerra o bodegones donde se acumula el polvo que nos constituye. Al dejarse dominar por ellos, el hombre les concede una parte de sí, un soplo de vida que se mantiene entre sus páginas, entre sus palabras. Desvencijados o escrupulosamente custodiados, viejos o nuevos, reflejan, como espejos bruñidos con tinta, los intereses, predilecciones, éxitos, traumas, prejuicios, dogmatismos y defectos de su propietario. Según el ángulo





desde el que se mire —y esto ya lo sabía Walter Benjamin cuando hablaba del coleccionismo—, una biblioteca puede ser un mapa, un museo o una cárcel, es decir, un plano para ubicarse, un inventario para rememorarse o un espacio para aislarse del mundo. Sea como sea, la impronta sigue siendo la misma: por nuestros libros nos conocerán, por tus libros te conoceré, por sus libros los conoceréis.

En *Los libros del Gran Dictador*, Timothy Ryback nos ofrece un detallado estudio sobre las obras y los autores que configuraron buena parte de los pensamientos y las acciones de Adolf Hitler, el *Führer*, el Diablo. Dividido en un prefacio, un posfacio y diez apartados, este libro sobre libros da cuenta de algunos datos curiosos que, además, no dejan de ser inquietantes. Hitler leía con avidez “por lo menos un libro cada noche o, a veces, según su propio testimonio, incluso más”. Consideraba que *Robinson Crusoe*, *La cabaña del tío Tom*, *Los viajes de Gulliver* y, por supuesto, el *Don Quijote* eran las obras más grandes de la literatura universal. Sentía mayor simpatía por Shakespeare —sobre todo por haber retratado perfectamente en su Shylock las aberraciones del judío— que por Goethe o Schiller, siempre ocupados en malbaratar su talento escribiendo historias sobre crisis personales o rivalidades familiares. No obstante, sus gustos intelectuales se encaminaban más hacia la historia militar, la geografía, la religión, las ciencias ocultas y el espiritismo. En una de sus estancias alpinas fueron hallados un ejemplar de *Max und Moritz*, divertida historieta creada por Wilhelm Busch que, por cierto, todavía se utiliza para aprender alemán, y un manual sobre el gas venenoso, “en uno de cuyos capítulos se detallaban las cualidades y los efectos del ácido cianhídrico (o prúsico), un asfixiante comercializado como Zyklon B.”

A partir de un puñado de anécdotas extraídas de diversos documentos y entrevistas y ratificadas por un examen minucioso de los volúmenes confiscados al *Führer* tras la caída de su régimen, Ryback reconstruye lo que, en teoría, pudo haber sido la biblioteca completa de tan oscuro personaje. Apoyándose en notas, subrayados, dedicatorias y toda clase de marginalia, el autor va tejiendo una serie de crónicas que nos hacen comprender mejor aquello que Georg Simmel, en uno de sus ensayos imprescindibles, llamó “la tragedia de la cultura”, esto es, el carácter autónomo del producto



Fotografías: Alejandro Arteaga

cultural que lo mismo puede propiciar el desarrollo de la sensibilidad que sumergirnos en la más profunda de las barbaries. Bajo este tenor, la colección librería de Hitler funciona como una preclara muestra de las capacidades destructivas de la cultura y, por ende, de la corrupción emanada de uno de sus miembros más ilustres: el libro.

Resulta interesante, por ejemplo, descubrir cómo Hitler informó sus ideas sobre la superioridad de la raza aria de la mano del dramaturgo, periodista y editor Dietrich Eckart —considerado no sólo su mentor sino la “estrella polar” de todo el movimiento nazi—, quien en su lecho de muerte alcanzó a mascullar: “¡Seguid a Hitler! Él bailará, pero soy yo quien ha compuesto la música.” De hecho, a Eckart se debe la vinculación malévolamente entre el bolchevique y el judío, dos tipos humanos absolutamente nocivos para el proyecto nacionalsocialista. Por si esto fuera poco, en sus últimos días el maestro trataba de concluir una suerte de diálogo socrático en donde él y su pupilo competían por ver quién de los dos hacía gala de un antisemitismo más virulento. Antisemitismo, sobra decirlo, que pronto sería azuzado por el *Führer* tras la lectura de otros dos

libros imprescindibles: la *Tipología racial del pueblo alemán* de Hans F. K. Günther y *El judío internacional: un problema del mundo* del empresario norteamericano Henry Ford.

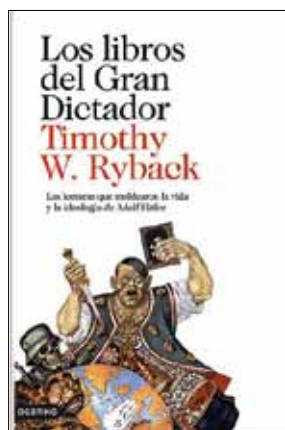
Otro pasaje notable en la vida librería de Hitler tiene que ver con su concepción de la guerra como acontecimiento transformador y ennoblecedor. Para eso nada mejor que Ernst Jünger, quien en sus volúmenes sobre la Primera Guerra Mundial —*Tempestades de acero*, *La guerra como experiencia interior* y *El bosquecillo 125*— glorificaba al soldado alemán y resaltaba su sacrificio por la patria. Inspirado por *Fuego y sangre* —obra que Jünger le dedicara personalmente—, el *Führer* se planteó, hacia 1926, la posibilidad de escribir sus propias memorias de guerra, proyecto que probablemente nunca concluyó y cuyo avance fue incinerado junto con otros documentos privados por su secretario Julius Schaub en 1945. Así, no resulta descabellado pensar que, una vez familiarizado con los aspectos espirituales y emocionales de la batalla, Hitler pudiera recabar mayores recursos oratorios para mandar a la muerte a millones de seres humanos con una mano en la cintura.

Pero si de recursos se trata, el *Führer* siempre estuvo en deuda con un libro llamado *La muerte de la gran raza o la base racial de la historia europea* del “científico” estadounidense Madison Grant, pues en esta pequeña obra de menos de 200 páginas encontró una serie de ideas que le hicieron llegar a la conclusión de que todos los acontecimientos de la historia no son más que “una expresión del instinto de autoconservación de las razas”. Licenciado por la Universidad de Yale y estudiante de derecho en la Columbia Law School, Grant había contribuido con entusiasmo a la instauración de leyes eugenistas en Virginia y California y había logrado confeccionar, con la ayuda de exageraciones exorbitantes y datos poco fiables, una teoría capaz

de garantizar la pervivencia y buena salud de la raza nórdica. Quizá por ello su influencia en el *Führer* fue decisiva. Escribe Ryback: “Grant demostró a Hitler que la dinámica de las poblaciones humanas representaba una fuerza más poderosa que cualquier jefe político, cualquier gobierno, cualquier alianza política o militar, independientemente de su tamaño o poder.” En más de una ocasión Hitler alabó el pensamiento del “sabio” estadounidense y su repercusión en las políticas de su país, pues sólo en dicho lugar, decía, “se está haciendo un esfuerzo para ajustarse, siquiera parcialmente, a la razón. Al impedir legalmente la inmigración de elementos con mala salud, con el simple método de negar la nacionalización a ciertas razas, está dando los primeros y lentos pasos hacia la concepción típica del concepto de Estado nacional.” Cabe señalar que, tras asumir los nazis el poder en 1933, la obra de Grant —que Hitler adoptó como si fuera una Biblia— dejó de ser una escritura sagrada para convertirse en una de las políticas de Estado más sanguinarias de las que se tenga registro.

Además de estas crónicas bibliológicas, el talento inquisitivo de Timothy Ryback nos obsequia muchas

otras que por cuestiones de espacio no podríamos siquiera resumir. Con prosa detectivesca, el historiador ahonda en la vida pública y privada de Hitler a partir de las lecturas que, de una u otra manera, edificaron su personalidad y su ideología. Ahí están el *Peer Gynt* de Ibsen o la biografía de Federico el Grande escrita por Thomas Carlyle, obras que fungieron como revulsivos en momentos de vacilación. Ahí están sus vínculos variopintos y sospechosos con filósofos como Fichte, Schopenhauer y Nietzsche. Y ahí está también la sorprendente historia del obispo austriaco Alois Hudal —autor de un volumen titulado *Las bases del nacionalsocialismo*— que urdió un plan para fracturar desde adentro el movimiento nazi con la intención de reemplazar el antisemitismo por un antijudaísmo que lograra una amalgama invencible entre el fascismo y la cristiandad. En fin, ahí están las terribles historias que sólo los libros, cuando copulan de manera salvaje con los hombres equivocados, pueden maquinan. En efecto, luego de leer *Los libros del Gran Dictador* uno se ve obligado a confirmar que hay escrituras que engendran monstruos y que, lamentablemente, muchos de ellos andan sueltos. ■■



Timothy W. Ryback
Los libros del Gran Dictador. Las lecturas que moldearon la vida y la ideología de Adolf Hitler
 Traducción de Marc Jiménez Buzzi
 Barcelona, Destino
 2010, 380 pp.